

**48 MIQUEL
SUNYER**

BRAZADAS

SOLO TÚ MARCAS TU HORIZONTE



Con James Manresa

 **Planeta**

MIQUEL SUNYER

48 BRAZADAS

Solo tú marcas tu horizonte

Con James Manresa

Traducción de Josep Escarré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *48 braçades*

© Miquel Sunyer i Comalat, 2015

© de la traducción, Josep Escarré Reig, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: archivo del autor, a menos que se indique lo contrario

Primera edición: abril de 2015

Depósito legal: B. 6.632-2015

ISBN: 978-84-08-11207-5

ISBN: 978-84-664-1641-2, Columna, Barcelona, edición original

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

«Me ahogo»	9
Introducción	11
El benjamín de Taialà	13
Un camino marcado	33
Descubrir las aguas abiertas	45
La isla de la calma	59
<i>Nothing great is easy</i>	87
Una silla vacía	151
Rascacielos	161
Tres Coronas	191
Epílogo	225
Agradecimientos	229

El benjamín de Taialà

La prueba

—¡Odio la piscina! —grité.

—¡Vamos, no seas llorica! —me decía mi hermana Marta mientras me arrastraba literalmente camino abajo, exasperada.

—¡No quiero! ¡No quiero! —gimoteaba yo dramáticamente, pateando el suelo y gritando con una estridencia de la que solo es capaz un chiquillo furioso.

—¡Pesado! Siempre igual. ¡Estoy harta! ¿Cómo puedes ser tan tozudo?

Marta, cuatro años mayor que yo, no acostumbraba a perder la paciencia, pero, sin pretenderlo, yo conseguía que se le agotase. Todos los días de verano, a primera hora de la mañana, el espectáculo estaba garantizado a lo largo de todo el sendero que serpenteaba desde nuestra casa hasta la piscina del pueblo. Como si me estuvieran llevando al matadero, clavaba los pies en el suelo, me rebelaba, gritaba, pateaba y, en general, desplegaba todas las desvergonzadas tácticas de intimidación al alcance de un mocoso de cinco años.

Además, hoy era un día especial, horrorosamente especial. Hoy era el día de «la prueba».

—¡Vamos, Miquel, quítate la burbuja!

La voz autoritaria de Gimbernat, nuestro monitor de natación, me hizo darme cuenta de que, una vez más, no había podido librarme de llegar a la piscina.

Los demás niños, desperdigados por los alrededores, me miraban atemorizados y en silencio. A ellos también les llegaría su turno. Mi padre era el menor de un montón de hermanos y eso, de rebote, me convertía también a mí en el benjamín de toda la generación de primos que vivían en Taialà. Marta me desabrochó la burbuja de corcho, ignorando mi pataleta. Entonces opté por el último recurso: una estrategia desesperada que, a pesar de haberla intentado a menudo sin éxito, siempre decidía probar una vez más, creyendo en mi ingenuidad que tal vez habría perfeccionado mi arte hasta ser capaz de convencer a alguien.

Fingí que tenía ganas de vomitar.

Un fracaso. ¡Qué difícil es para un mocoso de cinco años engañar a los adultos!

Gimbernat, un lobo de mar que en otros tiempos, según había oído decir, se había ganado la vida recogiendo coral, me agarró impasible por los brazos y me levantó como si fuera un gatito. Él tenía un trabajo que hacer, y lo haría le pesara a quien le pesase.

Yo seguía retorciéndome con tozudez, tratando de zafarme.

La parte profunda de la piscina me estaba esperando. Gimbernat me acercó hasta allí, sosteniéndome con fuerza por las axilas. Había llegado la hora de ahogarme, y todos mis primos, amigos y vecinos serían testigos mudos de ello. Fui presa del pánico. Busqué la salvación en la mirada de Marta, que estaba de pie al otro lado de la piscina. No se movió, pero me dirigió un leve asentimiento con la cabeza.

—No te preocupes, no pasa nada —me dijo.

Mis sollozos no ablandaron a Gimbernat, que, cogiendo cierto impulso, me balanceó y luego me soltó. Floté en el aire unas terribles décimas de segundo y finalmente caí al agua ante la mirada contenida de los demás niños. Me hundí como

una piedra. Nadie se movió. Gimbernat dejó que me agitara sumergido entre burbujas, buscando desesperadamente el fondo, que estaba demasiado lejos para mis piernecitas. Luchaba por conseguir aire, pero este estaba demasiado arriba, mucho más arriba. Mientras pasaba un miedo infernal, Gimbernat echó una ojeada a los niños, acurrucados alrededor de la piscina. Ahora no podía ceder, su autoridad estaba en juego. Los niños lo observaban atentamente, expectantes.

Marta me había dicho que no me ocurriría nada, aunque debía arreglármelas solo. Sin darme cuenta, de repente, me encontré flotando en la superficie con los pulmones llenos de aire, ingrávido, con las manos y los pies actuando como si fueran las aletas de un torpe pececillo.

Gimbernat expulsó el aire que, sin darse cuenta, también había retenido y no pudo disimular una sonrisa triunfante y liberadora.

—¡Muy bien, has superado la prueba! —exclamó.

Yo seguía en el agua, recreándome sorprendido en mi nueva habilidad, mientras al mismo tiempo seguía llorando de confusión. Había derramado muchas lágrimas y había hecho de todo para evitar la parte oscura de la piscina durante el verano, temiendo ese momento. La jubilosa libertad de vivir en medio del entorno natural de Taialà tenía un precio. Los padres debían asegurarse de que sus hijos podían moverse en aquellos parajes siendo capaces de enfrentarse a los pocos peligros que ofrecían. Y uno de ellos eran precisamente las aguas profundas.

Liderados a menudo por mi primo Lluís, el Rodríguez de la Fuente de la pandilla, nos acercábamos a las albercas para observar a las ranas, a las libélulas o a los zapateros, que, al igual que Jesucristo, caminaban sobre el agua. En esas fascinantes excursiones no habría resultado extraño que el genuino entusiasmo infantil por la naturaleza hubiera precipitado accidentalmente al agua a alguno de los niños. Así pues, teniendo

en cuenta que el peligro se extendía también más allá de la piscina que nadie vigilaba, los adultos habían decidido que era imprescindible que los chicos de Taialà supieran nadar, y, si no era así, alguien debía enseñarles. Esta tarea había sido encomendada a Gimbernat.

Con un estilo especialmente radical, ese hombre de mar con aires de aventurero nos había enseñado poco a poco a valernos dentro del agua durante el verano, hasta que consideraba llegada la hora de comprobar, en la parte más profunda de la piscina, la eficacia de sus métodos.

Finalmente, salí de la piscina; ya tenía bastante por el momento. Me puse en pie mientras me secaba los ojos enrojecidos. Lancé una mirada al agua teñida de azul por el reflejo de las baldosas, donde hacía tan solo unos segundos me parecía, exageradamente, que iba a ahogarme. La miré fija y severamente, con recelo.

Luego, otros niños y niñas pasaron por el mismo calvario que yo con más o menos gloria, pero yo ya no los oía. No estaba allí, no prestaba atención a lo que ocurría a mi alrededor. Sin ser consciente de ello, algo había cambiado dentro de mí. Miraba la piscina de otra forma. Había flotado, ¡había flotado de verdad! ¿Cómo lo había conseguido? No lo sabía, pero no podía dejar de mirarla y preguntarme si tendría valor para hacerlo otra vez y si sería capaz, incluso, de permanecer más tiempo en el agua.

«¿De qué soy capaz?»

En ese momento lo ignoraba, pero esa pregunta me llevaría lejos.

Nuestro jardín

—¡¡¡Taaaaaaat!!!

Sentados en las ramas de una accesible encina, lo primero

que hacíamos era saltar sobrecogidos, como si hubiera caído un trueno de septiembre, pero a continuación empezábamos a troncharnos de risa.

—¡Deben de haberlo oído incluso desde Girona! —decía uno.

—¡No! ¡Desde Calonge! —decía otro.

—¡Pues yo creo que desde China!

Nos reíamos sin parar, compitiendo por ver quién decía el mayor disparate.

La voz de la madre de Tat era, sin duda, la ganadora de todo el pueblo en decibelios agudos. Otras tenían más cuidado con sus cuerdas vocales a la hora de llamar a sus hijos a comer y hacían sonar una trompeta con un sonido característico para que no se confundiera con las del resto. El niño al que llamaban salía corriendo como alma que lleva el diablo —cuanto antes comiera, antes podría volver a jugar—, y siguiendo atajos y senderos llegaba enseguida a las calles de Taialà, un pequeño núcleo de casas desperdigadas que amigos y familiares habían levantado poco a poco en torno a la masía de Can Sunyer. La chiquillería de Taialà constituía una comunidad en sí misma, donde las aventuras que vivíamos o la solución a nuestras disputas tenían lugar, generalmente, lejos de los adultos. Íbamos por libre y, sobre todo en verano, en casa solo nos veían cuando estaba la mesa puesta. Cuando aún estábamos engullendo el postre, salíamos de nuevo a toda prisa para fundirnos con el verde mantel que forman los generosos y extensos bosques de encinas, pinos, durillos y alcornos que se adentran hasta la sierra de Rocacorba, recordándonos que el Mediterráneo no está muy lejos.

Salvaje pero amable, agreste pero acogedor, misterioso pero educativo, libre pero generoso. El paraíso.

Ese era nuestro jardín. Un espacio interminable donde nos pasábamos horas y horas en total libertad, corriendo medio desnudos y a menudo descalzos por los caminos, buscando ramas y construyendo cabañas, soñando con vivir en los

árboles, como las ardillas, o excavando túneles secretos, como los tejones. Nos reflejábamos en la naturaleza tratando de imitarla, de copiar lo que nos mostraba; investigábamos todo lo que no entendíamos, cuando en realidad, sin darnos cuenta, ya formábamos parte de ella. Acabaría impregnándonos de amor y respeto, marcaría y acompañaría para siempre nuestras vidas. Influiría decisivamente en nuestra manera de pensar y de ver el mundo, y algunos de nosotros la convertiríamos incluso en el *leitmotiv* de nuestra vida.

—¡Lluís! —grité.

Estábamos a finales de primavera y, aunque ya se podía oler el verano, las ventanas de una de las casas que había cerca de la piscina estaban cerradas.

Tomé el caminito que conducía a la puerta principal. La abrí sin pulsar el timbre ni llamar a la puerta y entré.

—¡Lluís! —grité de nuevo, ya desde el pasillo.

—¡Estoy aquí! —La voz, más grave que la mía, provenía de su habitación.

—¿Qué haces? ¿Vamos a dar una vuelta? —le pregunté.

—Ahora mismo, un momento.

Siendo como era yo el más pequeño de un numeroso grupo de primos, buscaba referentes sin ser consciente de ello, y supongo que Lluís, por diversas razones —por la proximidad, el parentesco y su personalidad—, se había convertido en el mío. El hecho de que yo no tuviera hermanos y que él fuera mayor que yo hizo que, de manera natural, Lluís desarrollara un cierto sentimiento de protección hacia mí.

Estaba sentado, apoyado en la mesa, concentrado en unos papeles. Me acerqué a él y vi que estaba dibujando.

—¿Son renacuajos? —le pregunté adivinando la sencilla silueta en el papel, lleno de notas, esquemas y croquis.

—Sí. Tenemos que salvarlos.

Se acercaba uno de los rituales más esperados del año por la chiquillería, el que marcaba el paso de la primavera al verano y que, oficiosamente, abría la temporada de baño: limpiar la piscina. Los largos meses de invierno habían permitido que la naturaleza la hubiese colonizado con toda clase de formas de vida. Cuando llegaba el buen tiempo, una vez «quitado el tapón» de la piscina, los niños íbamos comprobando impacientes cómo bajaba rápidamente el nivel del agua. En cuanto estaba completamente vacía, los adultos del pueblo se reunían y se metían en la piscina todo el fin de semana para currar sudando a mares para dejarla a punto. Tosiendo a través de pañuelos que les tapaban la nariz y la boca, vertían botes de salfuman una y otra vez, maldiciendo sin parar siempre que alguna salpicadura conseguía quemarles la piel, esquivando la protección de unos precarios o casi inexistentes guantes. Mientras tanto, los niños ayudábamos desde fuera en lo que podíamos.

Vaciar la piscina significaba dejar sin hogar a los numerosos renacuajos que coleaban en ella.

Lluís, influido por el tamaño excepcionalmente grande de los renacuajos de ese año, no podía vivir con esa preocupación y, tras reflexionarlo mucho, pensó que, armados con salabres, los niños podríamos dedicarnos a atraparlos y a meterlos en cubos de agua antes de que vaciaran la piscina.

Nos convenció enseguida, algo no muy difícil para él, teniendo en cuenta que, además de ser muy persuasivo y carismático, sabía exponer muy bien sus argumentos y gozaba de cierta admiración por nuestra parte, debido a su especial sensibilidad hacia la naturaleza.

Era un chico de mente inquieta y personalidad generosa, altruista y humilde, con un espíritu puro, de fuertes convicciones y con un gran corazón, unos atributos que todavía hoy sigue conservando intactos. Independiente, líder y al mismo tiempo solitario, era un gran admirador de los indios america-

nos. A menudo, cuando menos lo esperabas, te soltaba una disertación sobre algún pueblo nativo de los actuales Estados Unidos —los sioux, los cherokees, los lakotas o los apaches— con la que te dejaba boquiabierto. Compraba libros sobre el tema e incluso mantenía correspondencia con algunas reservas indígenas del país. Asimismo, con gran destreza, se fabricaba sus propios arcos y flechas, con los que había llegado a cazar pájaros y algún otro animalejo. Aún hoy, muchos de sus amigos lo llaman con el alias de *Txeroki*, aunque él se consideraba a sí mismo un «lakota warrior» (una división de la tribu sioux).

Así pues, unos días antes del gran día, los niños de Taialà vivimos una jornada lúdica y festiva, sintiendo que, de algún modo, correspondíamos a esa naturaleza que tan bien nos acogía y nos hacía felices. Armados con salabres, escrutábamos con mirada seria y concentrada la opaca superficie verdosa, buscando algún movimiento que delatara a los futuros supervivientes. Los había a miles, y parecía que nunca se acabarían. Tras cada captura, nuestros gritos de alegría llenaban el aire tranquilo que rodeaba la piscina.

Una vez concluida la primera fase del plan de rescate, nos dejamos embaucar por Lluís para ayudarlo a llevar todos aquellos pesados barreños llenos de agua, recogidos aquí y allá, montaña arriba, colgando de un palo apoyado en la espalda en grupos de dos. Cargados como mulas, caminamos heroicamente hacia la cercana riera dels Bullidors, decididos a dar una vida larga y feliz a las futuras ranas y sapos que nos disponíamos a liberar.

Cuando llegamos, cansados y doloridos por tan pesada carga, aunque muy contentos y orgullosos, soltamos a los renacuajos sin mucha ceremonia. Tras haber vaciado el último cubo en el escaso caudal de la riera, Lluís se levantó, tratando de disimular en vano sus llorosos ojos. Los niños que lo habíamos seguido lo mirábamos con admiración, la

misma con la que, muchos años después, lo observaría un grupo bastante numeroso de americanos en pleno Manhattan.

¡Fuerza universal!

«¡Bah, tú no sabes!» El tono burlón de algún niño llenaba el aire de réplicas y falsas provocaciones. «¡Mira! ¡Mira qué bomba!», y a continuación un «chof» seguido de aplausos.

Desde casa, mientras desayunaba, oía los gritos y las risas de mis amigos mezclándose con el ruido de las salpicaduras en la ya limpiísima e impecable piscina. No podía contener más la envidia, y tragaba impaciente y sin miramientos el bocadillo y el vaso de leche para poder bajar a toda prisa y sumarme a los desafíos.

—¡Con lo que te quejabas —me decía mi madre—, y ahora no hay quien te saque de allí! ¡Cuidado, no vayas a tener un corte de digestión! —la oía gritar mientras ya corría escaleras abajo.

Hacía un par de veranos que la burbuja de corcho había quedado abandonada en casa. A los siete años ya era capaz de flotar sin ninguna ayuda; mis manos y mis pies se habían adaptado poco a poco a aquel nuevo elemento y habían aprendido a moverse en él con naturalidad. La parte más oscura de la piscina, la que en otros tiempos me provocaba tanto miedo, me atraía ahora de un modo irresistible.

Inevitablemente, el sentido de la competición nos empujaba a hacer carreras a nado de un extremo a otro. Yo las perdía todas, pero tenía excusa, porque era el más pequeño. Este hecho, sin embargo, también llevaba implícito que a mis primos les pareciera especialmente divertido perseguirme por todas partes, lanzándome a la piscina cuando me alcanzaban o bien sumergiéndome bajo el agua.

—¡Miquelet, eres redondito como un garbancito! ¡Ja, ja, ja! —me decían con crueldad, burlándose de la rechoncha figura que lucía en aquellos tiempos.

—¡Estoy en rabia tres! ¡Rabia cuatro! ¡Rabia cinco! ¡Cuando me llegue la fuerza universal, os destruiré! —gritaba yo apretando los dientes y moviendo amenazadoramente los puños—. ¡Aaaahhhh! ¡Ven a mí, fuerza!

Mi cara se ponía roja como un tomate y se me congestionaba de pura ira hasta que estaba casi fuera de mí, aunque eso solo conseguía que mis primos se mearan aún más de la risa.

Sin embargo, debo admitir que esa rabia, aunque hoy la siga recordando con un sabor amargo que no quisiera revivir, me enseñó probablemente a canalizar esa clase de sentimientos hasta conseguir que estuvieran de mi parte. Creo que fueron las ganas de devolverles el golpe lo que, inconscientemente, me empujó a despabilarme. Sin darme cuenta, acabé siendo más rápido y ágil en el agua, sintiéndome más cómodo, hasta llegar a un punto en el que me sentía más a gusto dentro que fuera de ella. Estaba adquiriendo lo que damos en llamar *acuaticidad*, una sensación de acogida y naturalidad dentro del agua que, al igual que montar en bicicleta, nunca se pierde.

Con el tiempo, incluso empecé a ganar a algunos de mis primos en las carreras. Las hacíamos en todos los estilos, y siempre había quien dominaba más una modalidad que otra, de modo que las ganas de mejorar en cada una de ellas y de aprenderlo todo me despertaron el gusanillo...

Decidido a nadar

—Papá...

—Dime.

—¿Puedo practicar la natación?

—¿Qué quieres decir? —me contestó mi padre con interés—. ¿Acaso no la practicas ya con Gimbernats?

—Me refiero a aprender a nadar bien, hacer un cursillo.

Él se volvió hacia mi madre.

—¿Qué te parece, Carmen? —le preguntó sonriendo.

—Si le gusta... ¿Dónde se puede hacer eso?

En casa, las comidas eran un momento muy especial. Mis padres tenían un talante muy familiar y les gustaba que cenáramos todos juntos, sin televisiones ni distracciones externas, salvo nuestras propias conversaciones. Nos animaban a contar cómo nos había ido el día, qué habíamos hecho... Procuraban que hubiera mucha comunicación entre todos, que pudiésemos hablar libremente de lo que nos preocupaba, que hiciéramos partícipe de ello al resto de la familia, a fin de que los lazos y los vínculos entre nosotros fueran muy fuertes. La familia era nuestro pilar, nuestro refugio, y ese sentimiento de pertenencia y seguridad que nos proporcionaba el ambiente que se respiraba en casa aún sigue acompañándome en la actualidad.

—En cualquier piscina. En Girona debe de haber alguna, ¿verdad? —intervine ilusionado.

—Miquel —me dijo entonces mi padre muy serio—, ¿lo has pensado bien?

—Sí. Además, Gimbernats dice que soy bastante bueno, pero que existen cursos que, al parecer, te enseñan mucho, y entonces aprendes a nadar más deprisa —expliqué.

—En realidad, Gimbernats ya nos lo ha comentado. Nos ha dicho que has aprendido mucho y que nuestra piscina es demasiado pequeña para seguir aprendiendo. Si estás convencido y te apetece ir, podemos buscar algún sitio donde den cursillos. Tal vez en el GEiEG [Grup Excursionista i Esportiu Gironí], pero debes tener clara una cosa.

Lo interrogué con la mirada, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Piensa que asistir a uno de esos cursos no es lo mismo que nadar aquí, en nuestra piscina —continuó mi padre, aclarándome el asunto—. Allí no se va a jugar. Te obligarán a nadar mucho y descansarás poco. Y te cansarás. Si te apuntamos, tendrás que ir todos los días que sean obligatorios, te apetezca o no, haga frío o calor.

—¡Sí, papá! ¡Quiero ir! —respondí impaciente.

—Nosotros haremos lo que tú digas. Pero debes pensarlo muy bien y ser tú quien decida si quieres inscribirte o no. Aunque a ti te parezca que eres pequeño, ya debes pensar en las cosas que quieres y en cómo conseguirlas, ya que en la vida tendrás que tomar muchas decisiones; algunas serán poco importantes, pero otras lo serán mucho y, cuando tomes una decisión, tendrás que defenderla y ser el primero en respetarla, ¿lo entiendes?

—¡Sí, papá!

El hecho de que Nuri, la mediana de los tres hermanos, viviera en un mundo de difícil acceso, si no era a través de los juegos y sus juguetes, exigía una atención especial por parte de mis padres y, por consiguiente, ellos nos atribuían más responsabilidades a Marta y a mí; procuraban tratarnos un poco como si fuéramos más adultos, sin tonterías. Nuri afectaba a la familia en positivo y nos unía mucho.

A nuestra edad, a veces puede que sus lecciones nos parecieran incomprensibles, pero con los años me he dado cuenta de que realmente hacían mella en nosotros, como un goteo que, poco a poco, imperceptiblemente, va horadando una roca.

Yo había tomado mi decisión y estaba exultante. Aún no era consciente de que ese camino me aportaría grandes momentos a lo largo de mi vida. En mi mente infantil solo veía que, después de todo el tiempo que llevaba compitiendo con mis

amigos en la piscina, tendría por fin la oportunidad de aprender a nadar mejor y, quién sabe, tal vez también de ganarles.

Vestido aún con la bata y el pijama, mi padre pisaba mecánicamente, con las zapatillas de andar por casa, el acelerador o el freno, según conviniera, por la carretera que iba desde Taialà a Girona, tan solo iluminada por los faros del coche. El pobre hombre ni siquiera había desayunado; lo haría una vez que estuviera de vuelta en casa, después de habernos dejado a mí y a mi bolsa de deporte —que contenía una toalla, jabón, un bañador y unas gafas de natación— en el GEiEG, el club al que finalmente me habían apuntado.

Poco tiempo atrás había seguido allí un cursillo de perfeccionamiento y, una vez adquirida una mínima técnica, tuve que realizar una prueba. Superarla me había permitido entrar a formar parte de ese histórico club de natación donde ahora me entrenaba bajo la atenta mirada de Toni Servalls.

—¡Si no sentís dolor al final del entrenamiento, no mejoraréis! —gritaba el que más adelante sería el entrenador que más tiempo he tenido a lo largo de mi vida.

Mientras hacía un breve descanso, agarrado a la pared, miraba jadeando cómo el cronómetro de cuatro agujas colgado en la pared giraba más deprisa de lo que yo habría deseado. «No puedo hacer esta serie», pensaba, pero el reloj ya indicaba de nuevo que tenía que seguir nadando.

—¡VAMOS! —La potente voz de Toni no dejaba ningún margen a la distracción.

Mientras nadaba arriba y abajo en la piscina, intentando seguir al compañero que iba delante y tratando de evitar la rabia que da que el de atrás te toque los pies, sentía que no podría hacer el tiempo marcado. Sin embargo, llegaba, y, sorprendido por haberlo conseguido, entonces volvía a pensar «no seré capaz de aguantar otra igual, y mucho menos las tres que quedan». Pero volvía a hacerlo, porque este es el abecé de

la natación: sobreponerse a ese sufrimiento físico y continuar, y eso no solo fortalece tu cuerpo, sino que ese «un poco más, un poco más» que vas diciéndole al cerebro, esa insistencia en seguir a pesar de todo, te endurece la mente y la voluntad de una forma sutil.

Todos los días, una hora de esa dinámica me cargaba las pilas antes de ir a la escuela. Empezaba el día en el agua y, prácticamente, lo terminaba también allí, ya que, por la noche, insaciable de brazadas, doblaba la sesión. Y es que, sin darme cuenta, aquella traumática primera experiencia en el agua de la piscina de Taialà se había invertido por completo, transformándose en una irresistible y profunda atracción. En la pureza de mi espíritu infantil, limpio aún de los condicionantes sociales y personales con los que la vida nos va cargando, yo ya había elegido mi camino. Sin influencias ni interferencias de ningún tipo, mi alma había sido conquistada por el agua. Se había convertido en un refugio al que siempre podía acudir para reencontrarme a lo largo de mi vida. Dentro del agua se formaba mi esencia natural, mi auténtico yo, y a ella volvería una y otra vez para conectarme de nuevo con él cuando la vida en tierra firme me pusiera a prueba.

El rigor de los entrenamientos diarios, la sensación del trabajo bien hecho al final de cada jornada, el cansancio que daba fe de que al día siguiente sería más fuerte que hoy... eran sensaciones que me enganchaban. Me empujaban a levantarme todas las mañanas deseando volver otra vez. Todos esos elementos conformaban un trabajo de goteo que culminaba con un momento mágico cuando se cumplían los objetivos que te habías marcado con el entrenador, cuando en una competición el cronómetro te certificaba que habías conseguido recortar aquella maldita décima de segundo que tanto te había costado batir.

Era un momento sublime, eufórico, que daba sentido a

todo el esfuerzo y el sacrificio que invertías en ello. Pero era un momento tan especial como fugaz, porque automáticamente se presentaba un nuevo objetivo y ese tiempo formaba parte del pasado, y era fantástico, porque la ilusión volvía a empezar, y la lucha, y todo el ciclo de superación que te permitía mantener la motivación se reiniciaba.

Sentados en las bancadas de alguna de las muchas piscinas del país, los nadadores aguardaban nerviosos para poder disfrutar de uno de esos momentos mágicos de superación. Los turnos se sucedían y cada uno aguardaba con un nudo en el estómago a oír su nombre por megafonía para iniciar el ritual: el convocado se levanta entre los saludos y ánimos de sus compañeros y se dirige hacia la plataforma de salida, se coloca con cuidado el gorro y hace algunos estiramientos rápidos. Luego levanta ambas manos, coge las gafas de natación y las baja lentamente hasta que le cubren los ojos. Entonces deja de ser humano, y el nadador entra en otro mundo: se convierte en *Homo delphinus*. Tras los oscuros cristales, la mirada se agudiza y el campo de visión se va cerrando, concentrándose en el carril acuático que tiene enfrente. A su alrededor, los sonidos se van amortiguando hasta que se hace un silencio absoluto y solo quedan él, el agua y un paciente pero despiadado cronómetro que precisamente ahora parece haber detenido el tiempo.

Suena un silbido largo y monótono que solo cambia cuando llega al final, con una nota discordante más aguda, casi como si lo hubiese interrumpido un hipo. Es el momento de subir a la plataforma.

Dos escalones y ya está en ella. Se dobla ligeramente hacia adelante, mueve los brazos, expresamente inertes, como si se sacudiera el agua en un último intento por relajarlos. Tiembla un poco y la respiración se hace más lenta. El silencio se rompe durante un segundo: «¡PREPARADOS!». Un pasito hacia

adelante, se agacha y, con las manos, agarra con fuerza el po-yete de salida. Cierra los ojos, el corazón le late en las sienes, las piernas en máxima tensión. En las graderías, decenas de espectadores contienen la respiración.

Un silbido corto, y todo estalla.

Las piernas se disparan, los nadadores suspendidos en el aire, la gente grita, el ambiente reverbera y el agua, finalmente, enloquece con chapoteos.

Los brazos son aspas de molinos de viento en medio de un huracán, las piernas espuman la estela. Grita de euforia desbocada bajo el agua, apretando los dientes. Los nervios se han diluido y, por el rabillo del ojo, controla a los nadadores a ambos lados. Dos van por delante de él. Necesita más fuerza. Escucha un clamor rítmico, ¡es su nombre! Su mirada se cruza con la de sus compañeros, que caminan siguiéndolo de un extremo a otro de la piscina.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —le gritan, y su nombre se repite una y otra vez.

Se miran fijamente. Otro viraje, aún sigue en tercera posición. Acelera, le falta el aire, le duelen los hombros, las piernas y los brazos. ¡El último viraje, los últimos metros! Querría acelerar, pero ha llegado a ese punto en que el estómago arde, el ácido láctico se extiende por su cuerpo y, por mucho que lo deseara, aunque le fuera la vida en ello, no podría nadar más deprisa; sin embargo, sus amigos gritan y él sigue y sigue. Lo tiene al lado. Gritan con más fuerza:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

¡Recorta distancias, supera al de al lado y llega en segundo lugar! Pregunta al cronometrador. Salta de alegría dentro del agua.

No ha ganado la carrera, pero ha hecho algo mejor: superarse a sí mismo.

La rebelión del cuerpo

Más tarde, cuando rondaba los diez años de edad, contemplaba resignado esas escenas desde fuera de la piscina. Gritaba y animaba a mis compañeros, les aplaudía y los felicitaba, pero, de un tiempo a esta parte, mi nombre ya no sonaba por megafonía.

Los lunes retomaba los entrenamientos como si nada, acumulando los mismos cinco o seis mil metros que el resto de los nadadores, pero cuando durante las pausas comentaban cómo habían hecho ese último viraje, cómo se les había roto la goma de las gafas durante el salto o cómo habían conseguido ganar finalmente a ese eterno rival del Banyoles o del Olot, yo solo podía escuchar en silencio, sin aportar nada salvo mi visión externa.

Un susto tremendo me había apartado de todo eso...

Estaba esperando mi turno para nadar. El aire, muy caliente y viciado a causa del cloro, empezaba a pesarme como una losa y me oprimía el pecho. Últimamente, la exigencia conmigo mismo había ido aumentando proporcionalmente a la mejora de mis marcas y de mi estilo; me lo tomaba todo muy en serio, y los nervios me superaban a la hora de competir. Al notar mínimamente aquella pequeña restricción en los pulmones, mi angustia empezó a realimentarse. En general, los nervios solían remitir instantáneamente en el momento de sumergirme en el agua, de modo que, cuando llegó mi turno, me dirigí impaciente hacia la salida, esperando que el agua me ayudara.

Cuando dieron la señal, salté decidido al agua y comencé a nadar esperanzado, pero los pulmones no ventilaban y no conseguía suficiente aire. Por mucho que alargara la inspiración, nunca tenía bastante. Me ahogaba. Necesitaba bracear más deprisa para poder coger aire más a menudo, pero cuando sacaba la cabeza fuera del agua solo era capaz de hacer unas

brevísimas e insuficientes inspiraciones que nunca satisfacían mi necesidad de oxígeno. Con tozudez, continué, confiando en que tendría fuerzas para llegar hasta el final, aunque ya no era una cuestión de músculos, ni siquiera de mente. Simplemente no podía respirar. Finalmente, ante la sorpresa general, me quedé parado en medio de la piscina, con la respiración acelerada, como un pollito tratando de coger aire con un pico demasiado pequeño. Alarmado y viéndome incapaz de salir por mi propio pie, uno de los árbitros se lanzó enseguida al agua para sacarme.

La sensación de ahogo queda indeleblemente grabada en el cerebro para siempre. Nuestra mente la clasifica como una amenaza de muerte grave y, por consiguiente, en el futuro tratará por todos los medios de evitar encontrarse en las mismas circunstancias que la provocaron. Cualquier situación que se le parezca desencadenará una serie de acciones preventivas dirigidas a impedir que nos expongamos voluntariamente a ella, y eso significa que, si la forzamos demasiado, la respuesta de nuestra mente puede llegar a ser el bloqueo.

La realidad inmediata era que, sencillamente, no podía competir.

Puede que el camino más fácil hubiese sido la huida, pero yo no contemplaba esa opción; lo que me ataba al agua no era la competición, sino un vínculo más profundo, más espiritual, más introspectivo e inexplicable. Nunca encontré ni busqué ningún motivo para alejarme de ella. Para mí, estar en el agua era un estado natural.

De todas formas, algo había fallado dentro de mí y, para repararlo, primero había que averiguar la causa. ¿Era la mente? ¿O tal vez el cuerpo?

Las pruebas médicas nunca dan resultados matemáticos; generan un montón de datos que hay que combinar entre sí hasta conseguir un cóctel único que posteriormente

se somete a la interpretación particular de uno o varios expertos.

Una cosa quedó clara: mis pulmones, en los que tanto confiaba, tenían parte de culpa. Lo que me había robado el aire en la competición se debía a una crisis asmática, provocada por alguna de las diversas alergias respiratorias que me habían detectado.

Mi club demostró su talante humano por encima del deportivo permitiéndome con naturalidad que continuara entrenándome aunque no compitiera. Mis padres también me apoyaron y buscaron con mano izquierda una solución, aunque sin sobredimensionar lo ocurrido para no aturdirme. Gracias a la actitud constructiva de todos pude seguir levantándome todas las mañanas con la misma determinación, con esa tozudez que me caracterizaba, para ir a entrenarme. Mientras pudiera estar en el agua, me daba igual. Mi objetivo ya no era vencer al cronómetro ni a ninguno de mis compañeros de entrenamiento. Mi objetivo era vencerme a mí mismo, superar aquel problema que me bloqueaba. Si era capaz de conseguirlo, pensaba, el resurgimiento sería impresionante.

Dos años después, gracias a un tratamiento que combinaba la medicina, las vacunas contra las alergias y el buen hacer de una psicóloga deportiva, conseguí sobreponerme a las crisis que me habían paralizado en aquellos desconcertantes tiempos y pude volver a competir. La tenacidad me había proporcionado una victoria.